

Alma mía, ¿serás tú también de los que miran a un Dios azotado con ojos enjutos? Párate a considerar el dolor de Jesús, pero considera mejor el grande amor con que-padece por ti tan crueles tormentos; pues en medio de ellos, el Salvador ciertamente que en ti pensaba. Aunque el Señor no hubiera sufrido por tu amor más que un solo golpe, debiera tu corazón vivir perpetuamente inflamado en su amor al pensar que Dios se ha dignado ser por ti herido y llagado; pero no uno, sino muchos miles de golpes, recibió en su cuerpo hasta quedar despedazado para expiar tus pecados, como predijo Isaías: *Fue llagado por causa de nuestras iniquidades*⁴. El más hermoso de todos los hombres, prosigue diciendo el Profeta, *no es de aspecto bello, no es esplendoroso. Lo hemos visto y nada hay en él que atraiga nuestras miradas*. Y de tal suerte quedó desfigurado por los azotes, *que su rostro parecía como cubierto de vergüenza y afrentado, por lo que no hicimos ningún caso de él*. Y quedó reducido a tan mísero estado, que el cuerpo bendito de Jesús aparecía como cuerpo de leproso cubierto de llagas desde los pies a la cabeza. *Le reputamos entonces como un leproso*, dice Isaías, y *como un hom-*

bre herido de la mano de Dios y humillado. Y la causa de tantos estragos fue que nuestro adorable Redentor quiso padecer los trabajos que debíamos sufrir nosotros. *Por causa de nuestras iniquidades, acaba diciendo el Profeta, fue Él llagado, y despedazado por nuestras maldades*⁵.

Sea por siempre bendita vuestra piedad, Jesús mío, que habéis querido sufrir tan atroces suplicios para librarme de los tormentos eternos. ¡Desventurado mil veces el que no os ama, oh Dios de amor!

¿Qué hace nuestro amable Salvador mientras los verdugos lo azotan tan cruelmente? No despliega los labios, no se lamenta, no suspira, sino que con indecible paciencia ofrece sus tormentos al Eterno Padre para que se aplaque su justo enojo y no lo descargue contra nosotros. *Como cordero, dice Isaías, que está sin balar en manos del que le traspila, así él no abrió su boca*⁶.

¡Oh Jesús mío!, a un cordero inocente se contentan con cortarle la lana, sin herirle ni lastimarle; pero los bárbaros verdugos os arrancaron hasta la piel y las carnes. Éste era el bautismo de sangre, por el cual tantas veces suspirasteis durante vuestra vida, cuan-

5 Is 53, 2-4.

6 Hch 8, 32.

do decíais: *Con un bautismo de sangre tengo que ser bautizado. ¡Oh, y cómo traigo en prensa mi corazón mientras no lo vea cumplido!*⁷. Corre, alma mía, a lavarte en aquella sangre preciosa, de la cual está empapada esa tierra afortunada.

Amadísimo Salvador mío, ¿cómo puedo dudar que me amáis al veros tan llagado y afrentado por mi amor? Ya entiendo que cada una de vuestras llagas es una prueba clara y manifiesta del amor que me profesais. Oigo que todas vuestras llagas son a manera de bocas que piden amor. Una sola gota de vuestra sangre bastaría para salvarme, y Vos habéis querido derramarla toda sin reservaros nada, para que yo me diese a Vos sin reserva. Del todo me entrego a Vos, Jesús mío, recibidme y ayudadme a seros fiel.

* * *

Capítulo X

JESÚS CORONADO DE ESPINAS Y TRATADO COMO REY DE TEATRO

En seguida los soldados del presidente, dice San Mateo, cogiendo a Jesús y poniéndole en el pórtico

del pretorio, juntaron alrededor de Él a toda la cohorte; y desnudándole, le cubrieron con un manto de grana, y entretejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y una caña por centro en su mano derecha¹.

Meditemos otros bárbaros tormentos que los verdugos añadieron a los que habían dado a nuestro Señor. La chusma de soldados lo rodea y a guisa de púrpura regia le echan sobre sus hombros una clámide de color encarnado, es decir, una como capa rota y usada, que acostumbraban a llevar los soldados sobre los hombros; en la mano le ponen una caña a manera de cetro, y un haz de espinas sobre la cabeza, en forma de imperial diadema. La corona, hecha en forma de yelmo o celada, le cubría toda la cabeza, y como la presión de las manos no era bastante poderosa para clavársela en la cabeza del Salvador, tan quebrantada ya por los azotes, toman la caña y a duros golpes le introducen las espinas en el cerebro, divirtiéndose a la vez en escupirle al rostro, como dice San Mateo: Y escupiéndole, tomaban la caña y le herían en la cabeza².

1 Mt 27, 27, 29.

2 Mt 27, 30.

¡Oh espinas crueles!, ¡oh ingratas criaturas!, ¿qué hacéis?, ¿por qué atormentáis de esta suerte a vuestro Creador? Mas, ¿a qué acusar a las espinas, cuando los criminales pensamientos de los hombres fueron los que atravesaron la cabeza de mi Redentor? Sí, Jesús mío, nosotros, con nuestros detestables y voluntarios pensamientos, hemos forjado la corona de espinas que traspasó vuestra frente; pero hoy los aborrezco y los detesto más que la muerte, más que otro mayor mal. Contrito y humillado me acerco a vosotras, espinas santificadas con la sangre del Hijo de Dios; traspasad mi alma y trocadla en víctima perpetua de expiación por haber ofendido a un Dios tan bueno. Y Vos, amadísimo Jesús mío ya que habéis padecido tanto para desprenderme de las criaturas y de mí mismo, haced que pueda decir con verdad que ya no vivo para mí, sino exclusivamente consagrado a vuestro amor.

¡Oh afligido Salvador mío! ¡Oh Rey del mundo, a qué extremos de humillación os veo reducido, a servir de rey de dolor y befa, a ser el ludibrio y el juguete de la ciudad de Jerusalén! De vuestra cabeza traspasada corre a raudales la sangre, regando vuestro rostro y cayendo sobre vuestro pecho. ¡Oh Jesús mío!, ¿puede llegar a mayores extremos la crueldad de aquella bárbara gente, que, no con-

tenta con haber destrozado vuestro cuerpo desde los pies hasta la cabeza, os somete ahora a nuevos escarnios y a nuevos ultrajes? Si esto me maravilla, admírome más todavía de vuestro amor y de vuestra mansedumbre, al considerar que con infinita paciencia sufris y aceptáis tamañas ofensas. *Cuando le maldecían, no retornaba maldiciones*, dice San Pedro; *cuando le atormentaban, no prorrumpía en amenazas antes se punta en manos de aquel que injustamente le sentenciaba*³. De esta suerte vino a cumplirse la palabra del Profeta, que atestiguó que nuestro Salvador *presentará su mejilla al que le hiera y le hartarán de oprobios*⁴.

Con todo, la crueldad de los soldados no quedaba todavía satisfecha; por eso *con la rodilla hincada en tierra, le escarneían diciendo: Dios te salve, Rey de los judíos*⁵, y le daban de bofetadas, añade San Juan⁶. Después de haberle atormentado y burlándose de Él vistiéndole como rey de teatro, se arrodillaban delante de Él, y en son de burla le decían: «Yo te saludo, Rey de los judíos»; y levantándose después le daban bofetadas en el rostro, a la

3 1 P 2, 23.

4 Thr 3, 30.

5 Mt 27, 29.

6 Jn 19,3.

vez que proferían palabras de desprecio y prorrumpían en infernales risotadas.

La sagrada cabeza de Jesús, tan atormentada por las espinas, que penetraban hasta el cerebro, experimentaba dolores de muerte con el más leve movimiento, de manera que cada nuevo golpe o cada bofetada le causaba un dolor insoportable.

Tú, al menos, alma mía, reconoce a tu Redentor por lo que es en realidad: por el soberano Señor de todo lo creado. Y si además se manifiesta como Rey de dolor y Rey de amor, justo es que te muestres agradecida y amante, ya que tanto padeció para conquistar tu corazón.

* * *

Capítulo XI

JESÚS PRESENTADO AL PUEBLO, DICIENDO PILATO: ECCE HOMO

Salió de nuevo Pilato fuera, y díjoles. Ved aquí al Hombre¹. Después de la flagelación y de la coronación de espinas, Jesús fue llevado de nuevo ante la presencia de Pilato, el cual, al verle tan llagado y desfigurado, creyó que con sólo presentarlo al pue-

1 Jn 19, 4-5.

blo se moverían los judíos a compasión. Salió, pues, a un balcón de palacio, llevando consigo a nuestro atormentado Salvador, y dijo: *Ved aquí al Hombre.* Como si dijera: Habitantes de Jerusalén, ya podéis daros por satisfechos con lo que ha padecido hasta ahora este inocente. Aquí tenéis el hombre; mirad a qué lamentable estado ha quedado reducido el que temíais que se proclamara vuestro rey. ¿Qué temor puede inspiraros cuando está ya para exhalar el postre suspiro? Dejadle, pues, que se retire a su casa para que muera, ya que le quedan pocas horas de vida.

*Salió Jesús coronado de espinas y revestido del manto de púrpura*². Mira, alma mía, a tu Salvador puesto en el balcón maniatado y sujeto a los caprichos de un verdugo. Míralo cómo está casi desnudo, bañado en sangre, cubierto de llagas, con las carnes laceradas, y con aquel pedazo de púrpura, que únicamente le sirve de ludibrio, y con la corona de espinas, que prosigue atormentando su cabeza. Mira a qué extremos se ve reducido el pastor por haber querido ir en pos de la oveja descarriada. ¡Amadísimo Jesús mío!, ¡cuántos dolores, afrentas y escarnios os hacen pasar los hombres! Dulcísimo

Jesús mío, inspiráis compasión hasta a las mismas fieras; sólo en el corazón de los hombres no halláis ni piedad ni compasión para vuestra desventura.

En efecto, al verle tan maltratado, *los ministros y los pontífices alzaron el grito diciendo: Crucifícale, crucifícale*³. Mas ¿qué dirán, Salvador mío, estos malvados en el día del juicio final, cuando os vean sentado como juez en el trono de majestad? Pero jay, Jesús mío! hubo también un tiempo en que desenfrenadamente me entregaba al pecado, en que yo también gritaba: *Crucifícale crucifícale*. Mas ahora me arrepiento de todos mis pecados, yo os amo, Dios mío, con todo mi corazón. Perdonadme por los méritos de vuestra Pasión, para que en aquel día supremo os vea aplacado y no irritado contra mí.

Mientras que Pilato, desde el balcón, mostraba a Jesús al pueblo, el Eterno Padre nos presentaba también desde el cielo a su amadísimo Hijo en tan lamentable estado diciendo: *Ved aquí al Hombre*. Éste que aquí veis tan atormentado y vilipendiado, es mi Hijo amadísimo, que tanto padece por vuestro amor y por expiar vuestros pecados; miradlo, dadle gracias y amadlo. Dios mío y Padre mío, me decís que mire a vuestro Hijo; también yo os supli-

co que pongáis en Él vuestros ojos y que por su amor tengáis compasión de mí.

Adivinando los judíos que Pilato, menosprecian-
do sus clamores, quería libertar a Jesús, le apretaron
más, queriéndole obligar a dictar sentencia de muerte
contra el Salvador, so pena de tenerle por enemigo del
César: *Los judíos*, dice San Juan, *daban voces dicien-
do: Si sueltas a ése, no eres amigo del César*, puesto
que cualquiera que se hace rey, se declara contra Cé-
sar. Y les salió bien la cuenta, porque temiendo Pilato
perder la gracia del César, *sacó a Jesús fuera y sentóse
en su tribunal*⁴ para pronunciar contra Él sentencia de
condenación. Pero atormentado todavía por los remor-
dimientos de conciencia, pues sabía que iba a conde-
nar a un inocente, tornó de nuevo a decir a los judíos:
*Mirad a vuestro Rey*⁵. *¿Y a vuestro Rey tengo yo de
crucificar?* Pero los judíos, más irritados que la vez
primera, gritaron: «*Quita, quítale de en medio, cruci-
fícale.* Todavía, Pilato, nos lo presenta como a nuestro
Rey; quítalo de delante, apártalo de nuestra vista y
hazlo morir crucificado».

¡Oh Verbo encarnado y Señor mío amadísimo!
¡habéis bajado del cielo a la tierra para conversar

4 Jn 19, 12-13.

5 Jn 19, 14-15.

con los hombres y salvarlos, y los hombres no pueden tolerar vuestra presencia en medio de ellos, e inventan mil trazas para haceros desaparecer y quitaros la vida!

Pilato todavía resiste y torna a replicar: *¿A vuestro Rey lo he yo de crucificar? Y los pontífices respondieron: No tenemos Rey sino a César*

¡Adorable Jesús mío!, los judíos no quieren reconoceros por su Rey y Señor, y dicen que sólo a César quieren tener por Rey; mas yo os acepto por mi dueño y soberano y declaro que sólo Vos, Redentor mío, seréis el Rey de mi corazón. Hubo un tiempo en que yo, desventurado de mí, me dejé dominar de mis pasiones, destronándoos, Rey mío, del trono de mi corazón; pero ahora mi deseo es que reinéis en él; mandad, y seréis obedecido. Os diré, pues, con Santa Teresa: «¡Oh amor, que me amas más de lo que yo me puedo amar, ni entiendo!... Proveed Vos... para que mi alma os sirva más a vuestro gusto que al suyo... Muera ya este yo, y viva en mí otro que es más que yo, y para mí mejor que yo, para que yo le pueda servir: Él viva, y me dé vida; Él reine, y sea yo cautiva, que no quiere mi alma otra libertad». ¡Dichosa el alma que pueda decir: Vos, Jesús mío, sois mi único Rey, mi único bien, mi único amor!

Capítulo XII

JESÚS CONDENADO POR PILATO

Entonces, dice San Juan, se lo entregó para que lo crucificasen¹. Pilato, que tantas veces había declarado la inocencia de Jesús, la proclama de nuevo lavándose las manos y protestando que es inocente de la sangre de aquel hombre justo, y acaba diciendo que de su muerte responderán los judíos. *Mandando traer agua, dice San Mateo, se lavó las manos a la vista del pueblo diciendo: Inocente soy de la sangre de este justo. allá os lo veáis vosotros².* Y luego da la sentencia que le condena a muerte. ¡Oh injusticia nunca vista en el mundo! El juez condena al acusado al mismo tiempo que le declara inocente, y por eso escribe San Lucas que Pilato *abandonó a Jesús a la voluntad de ellos³*, para que hicieran de Él lo que se les antojase. Siempre que se condena a un inocente acontece lo mismo; se le abandona en manos de sus enemigos, para que le hagan morir como mejor les agrade. ¡Desventurados judíos!; ahora gritáis:

1 Jn 19, 16.

2 Mt 27, 24.

3 Lc 23, 25.

Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos⁴. Llamasteis al castigo, y ha caído airado sobre vosotros; vuestra nación expía y expiará siempre hasta el fin del mundo el delito que cometisteis derramando sangre inocente.

Léese la sentencia de muerte en presencia del Señor. Jesús la escucha, y, resignado al decreto de su Eterno Padre, que le condena a morir en cruz, la acepta con humildad, no para expiar los crímenes que falsamente le imputan los judíos, sino para lavarnos de nuestras verdaderas culpas, que se había ofrecido a pagar con su muerte. Pilato dice en la tierra: Que muera Jesús, y el Eterno Padre confirma en el Cielo la misma sentencia, diciendo: Que muera mi Hijo. Y a todo respondió Jesucristo: dispuesto estoy a obedecer, venga la muerte y muerte de cruz; yo la acepto. Se humilló a sí mismo, dice San Pablo, *hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz⁵.*

¡Amado Redentor mío!, aceptáis la muerte que me tenía yo merecida, y con vuestra muerte me dais la vida; gracias, Amor mío, y espero llegar un día al Cielo a cantar para siempre vuestras misericor-

4 Mt 27, 25.

5 Flp 2, 8.

dias. Sí, *las misericordias del Señor cantaré eternamente*⁶. Ya que Vos, siendo inocente, habéis aceptado la muerte de cruz, yo, como pecador, recibo con entera voluntad la muerte que me hayáis deparado, y la acepto con todas las penas que la han de acompañar, y desde ahora la ofrezco a vuestro Eterno Padre, en unión de vuestra santa muerte. Vos habéis muerto por mi amor yo quiero morir por el vuestro; por los méritos de vuestra amarguísima muerte, concededme, Jesús mío, la dicha de morir en vuestra gracia y abrasado en vuestro santo amor.

* * *

Capítulo XIII
**JESÚS LLEVA LA CRUZ
 HASTA EL CALVARIO**

Publicada ya la sentencia de condenación, de en medio de aquel pueblo vendido a la maldad se levanta un grito de júbilo: ¡Bravo!, ¡bien!, exclaman; ya hemos logrado que muera Jesús; pronto, pronto, que no hay tiempo que perder; venga la cruz, que muera hoy en ella, porque mañana es la gran solemnidad de la Pascua. Por eso se arrojaron lue-

go sobre Él, *le quitaron el manto de escarlata y, habiéndole puesto sus propios vestidos, lo sacaron a crucificar*¹. Obraron así, dice San Ambrosio, para que el pueblo conociese, a lo menos por sus vestiduras, a aquel impostor, que así le llamaban, recibido pocos días antes como verdadero Mesías. Tomaron luego dos toscos maderos, formaron con ellos la cruz, y con gran insolencia se la obligaron a llevar en hombros hasta el lugar del suplicio. ¿Puede darse, Dios mío, mayor barbarie? ¡Cargar tan enorme peso sobre un hombre tan debilitado ya por tantos géneros de tormentos!

Jesús se abrazó amoroso con el instrumento del suplicio, y llevando Él mismo a cuestas su cruz, fue andando hacia el lagar llamado Calvario². Los ministros de justicia salen con los reos, entre los cuales camina nuestro adorable Salvador cargado con el altar sobre el cual va a sacrificar su vida. Con razón observa un devoto autor que en la Pasión de Jesucristo todo fue un exceso y un prodigo, como lo llamaron Moisés y Elías conversando en el Tabor. En efecto, ¿quién hubiera jamás imaginado que la vista de Jesús cubierto de llagas no hi-

1 Mt 27, 31.

2 Jn 19, 17.

ciese más que acosar la rabia de los judíos y aumentar el deseo que tenían de verlo crucificado? ¿Qué tirano obligó jamás al reo con las fuerzas perdidas ya en anteriores tormentos, a llevar sobre sus hombros el patibulo donde debía morir? Horror y espanto causa el pensar el cúmulo de ultrajes y escarnios que hicieron padecer a Jesucristo en las pocas horas que mediaron entre la prisión y la muerte; unos a otros se sucedían sin interrupción; ataduras, bofetadas, esputos, burlas, azotes, espinas, clavos, agonía y muerte. Todos, en suma, judíos y gentiles, sacerdotes y seglares, se pusieron de acuerdo para convertir a Jesús como lo había predicho Isaías en varón de dolores y de ignominias. Verdad es que el juez reconoció la inocencia de su Víctima; mas esta declaración sólo sirvió para acumular vituperios y ultrajes sobre el Salvador, porque si desde un principio Pilato lo hubiera condenado a muerte, Jesús no hubiera sido puesto a Barrabás, ni tratado como un loco, ni hubiera sufrido el tormento de la flagelación y de la coronación de espinas.

Mas tornemos a considerar el espectáculo admirable que nos da el Hijo de Dios, que va a morir por los mismos que le conducen al suplicio. Aquí se cumplió aquella profecía de Jeremías que dice: *Soy como inocente cordero que es conducido al*

matadero³. ¡Oh ingrata ciudad de Jerusalén!, ¿con tan gran desacato arrojas de tu seno a tu Redentor después de tantos beneficios como te ha otorgado? De esta suerte se conduce el alma que después de haber sido favorecida de Dios con muchas caricias y regalos le ofende y le arroja de su corazón por el pecado.

El estado de Jesús caminando hacia el Calvario excitaba tanta compasión, que *seguíale gran muchedumbre de pueblo y de mujeres, las cuales se deshacían en llanto y le plañían*⁴, al ver la crueldad con que le trataban. Mas Jesús, *vuelto a ellas, les dijo: No lloréis por mí, llorad por vosotras mismas, y por vuestros hijos... Porque si al árbol verde lo tratan de esta manera, en el seco, ¿que se hará?*⁵. Con estas palabras quiso darnos a entender el gran castigo que merecen nuestros pecados; porque si Él, siendo inocente e Hijo de Dios, sólo por haberse ofrecido a satisfacer por nuestras culpas, es tratado con tanto rigor, ¿qué género de castigos no deberán sufrir los hombres por sus propios pecados?

Mira, alma mía a Jesucristo cómo va andando con paso vacilante, con la cabeza coronada de espi-

3 Jr 11, 19.

4 Lc 23, 27.

5 Ibid., 31.

nas, con el pesado madero sobre los hombros y rodeado de enemigos que le colman de injurias y deuestos. Su cuerpo adorable está desgarrado por los azotes, de suerte que a cada paso que da se le renueva el dolor de todas sus heridas. La cruz le atormenta antes de tiempo, pues además de oprimir el peso sus llagadas espaldas, sirve como de martillo que introduce en su cabeza las espinas de la bárbara corona. ¡Cuántos dolores a cada paso que da!; pero Jesús no abandona la carga, porque quiere reinar por medio de la cruz en los corazones de los hombres, como predijo Isaías: Jesús *lleva sobre sus hombros la divisa de Rey*⁶.

¡Ah, Jesús mío!, qué grandes sentimientos de amor alimentáis en vuestro corazón mientras camináis hacia el Calvario, donde vais a consumar el gran sacrificio de vuestra vida!

Alma mía, abraza también tu cruz por amor de Jesucristo, que tanto padece por tu amor. Mira cómo va delante de ti llevando su cruz e invitándote a llevar la tuya. *Si alguno quiere venir en pos de mi*, dice por San Mateo, *que tome su cruz y me siga*⁷.

⁶ Is 9, 6.

⁷ Mt 16, 24.

Sí, Jesús mío, no quiero dejaros caminar solo; quiero ir en vuestro seguimiento hasta la muerte; por los méritos de este doloroso viaje, dadme fuerza para llevar con paciencia las cruces que me enviéis, que harto amables nos habéis hecho los dolores y los desprecios abrazándolos por nosotros con tanto amor.

Al salir de la ciudad, dice San Mateo, encontraron a un hombre natural de Cirene, llamado Simón, al cual obligaron a que cargase con la cruz de Jesús⁸. ¿Fue tal vez un sentimiento de compasión lo que movió a los verdugos a descargar a Jesús del peso de la cruz para echarla en hombros del Cirineo? No, a buen seguro; fue el odio, fue refinada malicia de los judíos, pues viendo que a cada paso que daba Jesús estaba para exhalar el postrer suspiro, temieron que rindiese el alma antes de llegar al Calvario. Todo su afán era que muriese clavado en la cruz, a fin de que su memoria quedase para siempre mancillada, puesto que morir crucificado era una afrenta a los ojos de todo el mundo, según aquello de San Pablo: *Maldito todo el que pende de la cruz*⁹. Por eso cuando a

8 Mt 27, 32.

9 Dt 21, 23.

Pilato pedían la muerte de Jesús, no se contentaban con decir: Mátale, quítale la vida, sino que gritaban: Crucifícale, crucifícale, a fin de que su nombre quedase envuelto en tan grande infamia que no hubiese en el mundo quien se atraviese a tomarlo en sus labios, como profetizó Jeremías: *Exterminémosle de la tierra de los vivientes, y no quede ya más memoria de su nombre*¹⁰.

Le descargaron, pues, la cruz, para que llegase vivo al Calvario y tuviesen la satisfacción de verlo muerto, crucificado y deshonrado.

¡Oh Jesús mío despreciado! Vos sois mi esperanza y todo mi amor.

* * *

Capítulo XIV

CRUCIFIXIÓN DE JESUCRISTO

Apenas llegó Jesús al monte Calvario, fatigado y agotado de fuerzas, le dan a beber vino mezclado con hiel, brebaje que solían dar a los condenados a la muerte de cruz para mitigarles lo acerbo del dolor; mas Jesús, que deseaba morir privado de todo alivio, apenas lo gustó y no lo quiso beber. Luego

se formó un círculo de gente en torno de Jesús, y los soldados arrancaron con gran violencia los vestidos, pegados a las llagas de su lacerado cuerpo; al arrancárselos se llevaron consigo pedazos de carne. Después lo arrojaron sobre la cruz, y Jesús extendió sus manos sagradas y ofreció al Eterno Padre el gran sacrificio de su vida y le rogó que lo aceptase por nuestra salvación.

Los verdugos toman los martillos y los clavos, y traspasando con ellos los pies y las manos de nuestro Redentor, lo clavan en la cruz. El ruido de los martillazos se extiende por todo el monte y llega hasta herir los oídos de María, que había llegado al Calvario en pos de su Hijo. ¡Oh sagradas manos, que a vuestro contacto sanaron tantos enfermos, ¿por qué ahora os clavan en esa cruz? ¡Oh pies benditos, que anduvieron tantos caminos para ir en pos de la oveja descarriada!, ¿por qué ahora os traspasan con tanto dolor? Cuando en el cuerpo humano se hiere un nervio, es tan agudo el dolor, que causa tormentos y agonías de muerte; ¿quién podrá, por consiguiente, declarar el dolor que experimentó Jesucristo cuando le traspasaron con clavos las manos y los pies, miembros del cuerpo humano tan llenos de huesos y de nervios?

¡Dulcísimo Salvador mío!, ¡cuánto os costó mi salvación y el deseo de ganar el corazón de un gusano de la tierra como es el hombre ! Y después de tanto padecer, os he negado sin cuento de veces mi amor y os he vilmente menospreciado.

Levantan la cruz en alto con el Crucificado, luego lo dejan caer de golpe en el agujero abierto en la tierra, y la sujetan con piedras y cuñas de madera. Jesús queda suspendido en ella, hasta perder la vida, en medio de dos ladrones, como dice San Juan: *Le crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, quedando Jesús en medio*¹. De esta suerte se cumplió la profecía de Isaías, que dice: *Y fue contado entre los malvados*². Sobre lo alto de la cruz fijaron un letrero en el cual se leían estas palabras: *Jesús Nazareno, Rey de los judíos*. Querían los judíos que se enmendase la inscripción; mas Pilato no lo consintió, porque era voluntad de Dios que todo el mundo supiera que los judíos habían dado muerte a su verdadero Rey y Mesías, por el cual hacía tanto tiempo que suspiraban.

Jesús clavado en la cruz es la gran prueba del amor de un Dios; de este modo se presenta por últi-

1 Jn 19, 18.

2 Is 53, 12.

ma vez a los ojos del mundo el Verbo encarnado. La primera vez apareció en un pesebre; esta otra en lo alto de una cruz, y ambas nos declaran admirablemente el amor y la infinita caridad que profesa al hombre. Meditando un día San Francisco de Paula el amor que Jesucristo nos manifestó en su Pasión, cayó en dulce éxtasis, y, levantado sobre el nivel del suelo, exclamó hasta por tres veces en alta voz: «¡Oh Dios caridad!, ¡oh Dios caridad!, ¡oh Dios caridad!»³. Con esto quiso el Señor darnos a entender que jamás llegaremos a comprender el amor infinito que nos ha manifestado Jesucristo queriendo padecer y morir por nosotros.

Alma mía, acércate a esa cruz con profunda humildad y afectuosa confianza; besa este altar donde muere tu amantísimo Salvador; ponte debajo de sus pies de manera que su sangre divina descienda sobre ti, y pide al Eterno Padre, pero en otro sentido del que lo hacían los judíos, que caiga su sangre sobre nosotros. Señor, descienda sobre nosotros esta sangre preciosa y nos lave de nuestros pecados. La sangre de Cristo no clama venganza, como pedía la de Abel, sino que pide perdón y misericordia. A este

3 ISIDORO TOSCANO DE PAULA, *Vida*, Venecia 1691, 1. IV, cap. III.

género de esperanza nos convida el Apóstol cuando dice: *Os habéis acercado a Jesús, mediador de la nueva alianza, y a la aspersión de aquella su sangre, que habla mejor que la de Abel*⁴.

¡Dios mío!, ¡qué suplicios tan atroces padece en la cruz nuestro moribundo Salvador! Todos sus miembros padecen dolor incomparable, y el uno no puede socorrer al otro, por tener clavados los pies y las manos. A cada momento sufre dolores mortales; de manera que bien puede decirse que en aquellas tres horas de agonía sufrió Jesús tantas muertes cuantos fueron los momentos en que estuvo clavado en cruz. En aquel lecho de dolor no halló nuestro afligido Salvador ni un momento de alivio ni descanso; unas veces se apoyaba sobre los pies, otras sobre las manos, pero dondequiera que se apoyara aumentaba el dolor. En una palabra, aquel sacro-santo cuerpo estaba pendiente de sus mismas llagas, de suerte que las manos y los pies traspasados debían soportar el peso de todo su cuerpo.

¡Amadísimo Redentor mío!, si os miro por de fuera, no veo más que sangre y llagas; si observo vuestro interior, veo vuestro corazón afligido y desconsolado. Sobre vuestra cruz leo una inscripción

que os proclama Rey, ¿pero qué señales dais de vuestra realeza?

Yo no veo más trono que este de ignominia en que agonizáis; no veo más púrpura que vuestra carne lacerada y ensangrentada; no veo más corona que este haz de espinas, que tan cruelmente os atormenta. Todo esto os está proclamando que sois Rey, más no de majestad, sino de amor, la cruz, y la sangre, y los clavos, y la corona son otras tantas insignias de amor.

Por eso Jesucristo, desde la cruz, no tanto pide nuestra compasión como reclama nuestro amor, y si desea que nos compadezcamos de Él, es para que por la compasión lleguemos al amor. Por su infinita bondad tiene derecho a nuestro amor; mas ahora quiere que le amemos, a lo menos, por compasión.

¡Oh Jesús mío!, razón teníais para decir, antes de que llegara el tiempo de vuestra Pasión: *Cuando yo fuere levantado en alto de la tierra, todo lo atraeré a mí*⁵. ¡Qué inflamadas saetas lanzáis sobre nuestros corazones desde ese trono de amor! ¡Cuántas almas habéis arrancado de las fauces del infierno: para atraerlas hacia Vos desde la Cruz! Con razón, Señor, me atreveré a decir que os han puesto en la

cruz entre dos ladrones porque con vuestro amor habéis arrancado a Lucifer tantas almas que, a causa de los pecados de ellas, le pertenecían por derecho de justicia: en el número de estas dichosas almas quisiera yo contarme. ¡Oh llagas de mi Jesús!, hogueras inmensas de amor, recibidme en vuestras aberturas, para que, en lugar de arder en el fuego del infierno, que tengo merecido, me inflame en la hoguera Infinita del amor de Dios, que acabado de tormentos ha querido morir por mí.

Los verdugos, después de haber crucificado a Jesús, sortearon sus vestidos, como lo había predicho David: *Se repartieron mis vestiduras y echaron a suertes sobre mi túnica*⁶. Y luego se sentaron no lejos de la cruz, aguardando su muerte.

Alma mía, siéntate tú también al pie de la cruz y descansa en los azares de la vida a su sombra bienhechora, a fin de que puedas decir con la Esposa de los Cantares: *Sentéme a la sombra de aquel que tanto he deseado*⁷. ¡Oh, qué tranquilidad y reposo hallan las almas amantes de Dios al lado de Jesús crucificado, cuando se ven acosadas por los cuidados del mundo, por

6 Sal 21, 19.

7 Ct 2, 3.

las tentaciones del Infierno y los rigores de la divina justicia!

Estando Jesús para expirar, con el cuerpo destrozado y con el corazón cubierto de mortal tristeza, buscaba quien le consolase. Pero, Redentor mío, no hay quien os consuele; ¿habrá, por lo menos, quien se compadezca de Vos y una sus lágrimas a vuestra mortal agonía? Veo todo lo contrario: unos os injurian, otros os escarnecen y os blasfeman: Si eres el Hijo de Dios, os dicen unos, *baja de la cruz*⁸. ¡Bah!, tú que destruyes el templo de Dios, exclaman otros, *sálvate a ti mismo*. Y no faltó quien os echara en el rostro *que a otros habiais salvado y no podíais a Vos mismo salvaros*. ¿Qué ajusticiado se ha visto jamás cargado de tantas injurias y denuestos al estar muriendo en el patíbulo?

* * *

Capítulo XV

ÚLTIMAS PALABRAS DE JESÚS EN LA CRUZ

¿Cómo responde Jesús a tantas ofensas y a tantos ultrajes? Ruega por los que le maltratan; *Padre*,

8 Mt 27, 40.

dice, *perdónalos, que no saben lo que hacen*¹, y ruega también por nosotros, miserables pecadores. Vueltos, pues, al Eterno Padre, digámosle con confianza:

¡Oh Padre Eterno!, oíd los clamores de vuestro Hijo amadísimo que pide perdón para nosotros; este perdón que os pide, considerado de parte nuestra, es pura misericordia, porque no lo merecemos; pero atendidos los méritos de Jesucristo, es estricta justicia, porque sobradamente ha satisfecho por nuestros pecados. Merced a sus méritos estáis obligado a perdonar y a devolver vuestra gracia al que se arrepiente de las ofensas que os ha hecho. Yo, Padre mío, me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido, y en nombre de Jesucristo os pido perdón de mis pecados; perdonadme, pues, y recibidme en vuestra gracia.

Señor, acordaos de mi cuando entréis en vuestro reino. De esta manera habló el buen ladrón al moribundo Jesús y Jesús le respondió: *En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso*². Aquí se cumplió la profecía de Ezequiel que dice: *Si el impío hiciere penitencia, no haré memoria de todas sus iniquidades*³.

1 Lc 23, 34.

2 Lc 23, 43.

3 Ez 18, 21, 22.

¡Oh bondad inmensa e infinita de mi Dios!, ¿quién no os amará? Sí, Jesús mío, olvidaos de las injurias que os he hecho y acordaos de la amarguísima muerte que por mí habéis padecido; por sus méritos dadme parte en vuestro reino celestial, y, entre tanto, haced que reine en mí vuestro santo amor. Que vuestro divino amor reine en mi corazón y sea mi único señor, mi único deseo y mi único amor. ¡Dichosísimo ladrón, que mereciste unir tus dolores y tu paciencia a la muerte de Jesús! También yo seré dichoso, Jesús mío, si tengo la suerte de morir amándoos, uniendo mi muerte a vuestra santa muerte.

*Estaba junto a la cruz de Jesús su Madre*⁴. Considera, alma mía, a María de pie junto a la cruz, con el corazón transido de dolor y fijos los ojos en su amado e inocente Jesús, contemplando las penas interiores y exteriores que padece al morir. Resignada y tranquila ofrece al Eterno Padre la muerte del Hijo por nuestra salvación; pero, esto no obstante, la compasión y el amor traen su corazón traspasado. ¿Quién no tendrá compasión de una madre que ve con sus propios ojos padecer y morir al hijo de sus entrañas en un patíbulo infame? Añádase a

esto la consideración de quién sea este Hijo y quién esta Madre; María amaba a Jesús inmensamente más que todas las Madres aman a sus hijos; Jesús era para ella, a la vez, su Hijo y su Dios; Hijo infinitamente amable, hermoso y santo; Hijo siempre respetuoso con Ella, siempre obediente; Hijo que le había manifestado tanto amor, que desde toda la eternidad le había escogido para ser su Madre. Y esta Madre fue la que tuvo que presenciar la muerte dolorosa de Jesús en el afrentoso madero de la cruz, sin poder aliviarle en nada; antes por el contrario, aumentaba con su presencia la pena del Hijo, el cual la veía padecer tanto por su amor.

¡Oh María!, por los dolores que padecisteis en la muerte de Jesús, tened piedad de mí y encomendadme a vuestro Hijo. Oíd cómo desde lo alto de la cruz, en la persona de Juan, me recomienda a Vos diciendo: *Mujer, ahí tienes a tu Hijo*⁵.

*Y cerca de la hora nona, exclamó Jesús con una gran voz, diciendo: Dios mio, ¿por qué me has desamparado?*⁶. Jesús agonizaba en la cruz acabado de trabajos en el cuerpo y agotado en el alma por mortal tristeza, puesto que la tristeza que le asaltó en el

5 Jn 19,26.

6 Mt 27, 46.

huerto de Getsemaní no le abandonó hasta exhalar el postrer suspiro. En tan grande aprieto busca quien le consuele y no lo halla, como lo había predicho por David: *Esperé que alguno se condoliese de mi, mas nadie lo hizo*⁷. Mira a la Madre, y como lo hemos visto no le pudo consolar, sino que le aflige más con su presencia; mira en torno suyo y advierte que todos son enemigos suyos. Viéndose, pues, privado de todo consuelo, se dirige al Eterno Padre en demanda de auxilio; mas al verle el Padre cubierto con los pecados de todos los hombres, satisfaciendo por todos ellos a la justicia divina, Él también le abandona a morir de puro dolor. Entonces fue cuando Jesús dejó escapar de su pecho aquel grande grito, que expresaba la vehemencia de su gran dolor: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué Tú también me has abandonado?». Que por esto la muerte de Jesús fue más amarga que la de todos los mártires, pues murió privado de todo alivio y de todo consuelo.

¡Amado Jesús mío!, ¿por qué os lamentáis de sufrir muerte tan espantosa, cuando Vos espontáneamente la habéis buscado? Ya lo comprendo; os lamentáis para hacerme comprender la infinita angustia que rodea vuestra muerte y enseñarme a vivir tran-

7 Sal 68, 21.

quilo y confiado cuando me vea en desolación y privado de la asistencia sensible de la divina gracia.

¡Dulcísimo Redentor mío!, este vuestro abandono me da fundadas esperanzas de que Dios no me abandonará en castigo de las muchas veces que le hice traición. ¡Oh Jesús mío!, ¿cómo he podido yo vivir tanto tiempo olvidado de Vos? Gracias os doy porque Vos no me habéis echado en olvido, y a la vez os ruego que de continuo me traigáis a la memoria la muerte amarguísima que habéis sufrido por mi amor, a fin de que jamás me olvide de Vos y del amor que me habéis tenido.

Después de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas estaban a punto de ser cumplidas, para que se cumpliese la Escritura dijo: «Tengo sed». Los soldados, empapando en vinagre una esponja, aplicáronsela a la boca⁸. La profecía que debía cumplirse era aquella de David que dice: Y en mi sed me dieron a beber vinagre⁹.

Pero, Señor, ¿calláis los inmensos dolores que os están quitando la vida, y sólo os lamentáis de la sed? ¡Ah!, que la sed que experimenta Jesús es muy distinta de lo que pensamos, pues consis-

⁸ Jn 19, 28, 29

⁹ Sal 68, 22.

te en el gran deseo que tiene de que le amen las almas por las cuales muere. ¡Oh Jesús mío!, Vos tenéis sed de que os ame este gusanillo de la tierra, y yo, ¿no tendré ansias de amar a un Dios, bien infinito? Sí, mi gran deseo es amaros y complaceros en todo. Ayudadme, Señor, a desterrar de mi corazón todos los afectos terrenos, para que en él reine únicamente el deseo de agradaros y cumplir vuestra voluntad. ¡Oh voluntad santísima de Dios!; tú eres la fuente dichosa donde se sacian las almas enamoradas del divino amor; calma también mis ardores de amor a fin de que seas el único blanco a que tienden todos mis pensamientos y todos mis afectos.

* * *

Capítulo XVI

MUERTE DE JESÚS

Nuestro amable Redentor se acerca al fin de su carrera. Contempla, alma mía, aquellos ojos que se obscurecen, aquel hermoso rostro que se torna pálido, aquel corazón que palpita con lentitud, aquel sagrado cuerpo que se abandona a la muerte. *Después de haber gustado el vinagre, dijo Jesús: «Todo*

está consumado»¹. Estando ya próximo a expirar, recorrió con la mente todos los trabajos de su vida; la pobreza, los sudores, las injurias y agravios que había recibido, y ofreciéndolo de nuevo al Eterno Padre, dijo: Todo está cumplido; se ha consumado todo lo que de mí escribieron los profetas, y está también terminado el sacrificio que Dios aguardaba para aplacar su cólera y para satisfacer su justicia irritada. Todo está cumplido, dijo Jesús vuelto a su Padre; y volviéndose a nosotros torna a repetir: «Todo está terminado». Como si dijera: «Mirad, ¡oh, hombres!, que de mi parte he hecho cuanto estaba de mi mano para salvaros y ganar vuestro amor; he hecho lo que podía; haced ahora de vuestra parte lo que os corresponde; amadme, y no rehuséis amar a un Dios que ha llegado hasta morir por conquistar vuestro corazón.

¡Oh Salvador mío!, ojalá que también yo en la hora de mi muerte pudiera decir, a lo menos en lo que me queda de vida: Señor, todo está consumado; he cumplido vuestra santísima voluntad, os he obedecido en todo. Dadme fuerza, Jesús mío, porque, ayudado de vuestra gracia, me propongo, y así lo espero, agradaros y complaceros en todas las cosas.

Entonces Jesús, dice San Lucas, clamando con una voz muy grande dijo. Padre mio, en tus manos encomiendo mi espíritu². Éstas fueron las últimas palabras que Jesús pronunció en la cruz. Viendo que su bendita alma estaba ya para separarse de su lacerado cuerpo resignado a la voluntad divina y con filial confianza, dijo: Padre mío, te encomiendo mi alma. Como si dijera: Yo, Padre mío, no tengo voluntad propia ni quiero vivir ni morir; si es vuestro deseo que siga padeciendo en esta cruz, dispuesto estoy a ello. En vuestras manos encomiendo mi espíritu, para que hagáis de mí lo que os agrade. ¡Ojalá que cuando nos hallamos en la cruz del sufrimiento habláramos de la misma suerte abandonándonos en las manos de Dios, para que obrara según su beneplácito! Este total abandono en las manos de Dios, dice San Francisco de Sales, es el fundamento de toda nuestra perfección. Éstas deben ser nuestras disposiciones, de modo especial en la hora de la muerte; mas para hacerlo bien en aquel trance supremo, debemos ejercitarnos con frecuencia en ello durante la vida.

¡Oh Jesús mío!, en vuestras manos deposito mi vida y mi muerte, a Vos me entrego en total abando-

no; desde ahora os recomiendo mi alma, para que cuando llegue al término de mi carrera os dignéis recibirla dentro de vuestras llagas, así como vuestro Padre recibió vuestro espíritu al expirar en la cruz.

Jesús, por fin, va a exhalar el postrer suspiro. Venid ángeles del cielo, venid a asistir a la muerte de vuestro Dios. Y Vos, ¡oh María!, Madre de los dolores, acercaos más a la cruz, alzad los ojos para mirar con más atención a vuestro Hijo, porque está próximo a expirar. Ya el Redentor llama a la muerte y le da licencia para que se acerque a quitarle la vida. Ven, muerte, le dice, ven pronto, cumple tu oficio, quítame la vida y salva a mis amadas ovejas. En aquel momento supremo tiembla la tierra, se abren los sepulcros, se rasga el velo del templo. La violencia del dolor acaba finalmente con las débiles fuerzas del moribundo Señor; ya le falta el natural calor, se le apaga la respiración desfallece su cuerpo, inclina la cabeza sobre el pecho, abre la boca y expira³.

Sal, alma hermosísima de mi Salvador, sal de su cuerpo y anda a abrirnos las puertas del Paraíso, hasta ahora cerrado para nosotros; entra y preséntate ante la majestad divina a impetrar para nosotros el perdón y la salvación.

3 Jn 19, 30.

La muchedumbre se vuelve hacia la cruz de Jesús al oír la fuerte voz que dio cuando pronunció las últimas palabras, lo mira con silencio y respetuosa atención, lo ve expirar, y al observar que ya no hace movimiento alguno exclama: Ha muerto, ha muerto. María oye que todos repiten las mismas palabras, y dice también: ¡Ay, mi Hijo ha muerto!

Ha muerto, pero, Dios grande, ¿quién ha muerto? El autor de la vida, el Unigénito de Dios, el Señor del mundo. ¡Oh muerte, que fuiste el esplendor de la naturaleza! ¡Un Dios morir por sus criaturas! ¡Oh caridad infinita! Sacrificarse todo un Dios, sacrificar sus delicias, su honor, su sangre, su vida, y ¿por quién?; por sus ingratas criaturas; y muere en un mar de dolores y desprecios para pagar la deuda por nuestras culpas.

Alma mía, levanta los ojos y mira a este Hombre crucificado; mira al Cordero divino sacrificado sobre el altar de la cruz; considera que es el Hijo predilecto del Padre eterno, y que ha muerto por el amor que te profesa. Mira cómo tiene los brazos abiertos para abrazarte, la cabeza inclinada para darte el beso de paz, el costado abierto para darte entrada en su corazón. ¿Merece ser amado un Dios tan bueno y tan amoroso? ¿Qué respondes a esto? —Hijo mío, te dice Jesús desde lo alto de la cruz,

mira si ha habido en el mundo quien te haya amado más que tu Dios.

¡Oh Dios mío, y Redentor mío!, ¿conque Vos habéis muerto por mí con la muerte más infame y dolorosa para ganar mi amor? Pero ¿cuándo el amor de una pura criatura podrá corresponder al amor de un Dios muerto por ella? ¡Oh adorado Jesús mío! ¡Oh amor de mi alma! ¿Cómo podré olvidarme de Vos?, ¿cómo podré negaros mi amor después de haberos visto morir de dolor sobre esa cruz para saldar la deuda de mis pecados y salvarme? ¿Cómo podré contemplaros muerto y colgado de este infame madero y no amaros con todas mis fuerzas? ¿Cómo podré pensar que mis culpas os han reducido a tal extremo de dolor y no llorar con lágrimas del corazón las ofensas que os he hecho?

Si el último de los hombres hubiese padecido por mí lo que sufrió Jesucristo; si viese a un hombre desgarrado a puros azotes, clavado en una cruz y afrentado por las gentes a fin de salvarme la vida, ¿podría acordarme de él sin derretirme de amor mi corazón? Y si me presentasen el retrato de aquel hombre muriendo en el afrentoso madero, ¿pudiera mirarlo con indiferencia, diciendo: este desventurado ha muerto en un mar de tormentos porque me amaba; si me hubiera amado menos, no hubiera

muerto de esta suerte? ¡Ah!, cuántos cristianos tienen en su aposento artístico Crucifijo, pero únicamente como mueble de lujo; ponderan su estructura, se detienen a contemplar la expresión de dolor que se dibuja en el rostro, pero en su corazón no tienen afecto alguno, como si no fuese la imagen del Verbo encarnado, sino la de un hombre extraño y para ellos desconocido.

¡Ah Jesús mío!, no permitáis que yo sea del número de estos desgraciados. Acordaos que habéis prometido atraer hacia Vos todos los corazones cuando fueseis clavado en lo alto de la cruz. Aquí tenéis mi corazón, que, ablandado en presencia de vuestra -muerte, no quiere resistir por más tiempo a vuestra voz: atraedlo, pues, a Vos con los lazos de vuestro amor. Vos habéis muerto por mí, y yo no quiero vivir más que para Vos. Dolores de Jesús, ignominias de Jesús, muerte de Jesús, amor de Jesús, tomad posesión de mi corazón, y vuestro dulce recuerdo sirva para herirme de continuo e inflamar me en el amor de Jesús.

¡Oh Padre Eterno!, mirad a Jesús, vuestro Hijo, muerto por mi amor, y por sus méritos tened misericordia de mí. Alma mía, no desconfíes por los pecados que has cometido, porque Dios es el que ha enviado su Hijo a la tierra para salvarnos; y Je-

sús es el que voluntariamente se ha ofrecido a pagar las deudas de nuestros pecados. ¡Ah Jesús mío!, ya que para perdonarme no os habéis a Vos mismo perdonado, miradme con la misma compasión que me tuvisteis un día cuando estabais agonizando en la cruz; miradme, pues, iluminadme y perdonadme sobre todo la ingratitud con que os he correspondido, pensando tan poco durante mi vida en vuestra Pasión y en el amor que me habéis manifestado. Gracias os doy por las luces que hoy me comunicáis, dándome a conocer, a través de vuestras llagas y desgarrados miembros, el grande y tierno afecto que me conserváis en el fondo de vuestro corazón. ¡Desventurado de mí!, si después de tantas luces no os amase o amase a las criaturas más que a Vos. «Muera yo, os diré con el enamorado San Francisco de Asís, por vuestro amor, Jesús mío ya que por mi amor os habéis dignado morir.» ¡Oh corazón abierto de mi Redentor!, mansión dichosa donde descansan las almas amantes, no os desdeñéis de recibir también a mi pobre alma:

¡Oh María, Madre de los dolores!, encomendadme a vuestro Hijo, que tenéis muerto en vuestros brazos. Mirad sus laceradas carnes, mirad su sangre divina por mí derramada, y por aquí llegaréis a comprender cuán agradable le será que

le encomendéis mi salvación. Mi salvación está cifrada en amar a Jesús; alcanzadme Vos este amor, pero amor grande y eterno.

Hablando San Francisco de Sales de aquellas palabras de San Pablo: *la caridad de Cristo nos estrecha*, se expresa de esta manera:

«Saber que Jesucristo, nuestro verdadero Dios nos amó hasta sufrir la muerte afrontosa de la cruz, ¿no es sentir como aprensados nuestros corazones y apretados con fuerza para exprimir de ellos el amor con una violencia que cuanto es más fuerte es tanto más deleitosa?». En otro lugar dice el Santo que «el monte Calvario es el monte de los amantes». Y luego añade: «Y ¿por qué no nos abrazamos a Jesús crucificado para morir con Él en la cruz, ya que por nuestro amor quiso en ella morir? Sí, yo le abrazaré, debiéramos decir, y no le soltaré jamás; moriré con Él y con Él me abrazaré en las llamas de su amor. Un mismo fuego consumirá a este divino Creador y a su miserable criatura; mi Jesús es todo mío, y yo quiero ser todo suyo. Viviré y moriré sobre su pecho, y ni la muerte ni la vida serán poderosos para separarme de Él»⁴.

4 Amor de Dios, Lib. 7, c. 8.

«¡Oh amor eterno!, mi alma os busca y os elige por eterno dueño y señor. ¡Venid, Espíritu divino, e inflamad nuestros corazones con el fuego de vuestro amor! O amar, o morir. Morir a todo otro amor, para vivir en el de Jesús. ¡Oh Salvador de nuestras almas!, haced que cantemos eternamente: ¡Viva Jesús, mi amor, viva Jesús a quien amo; amo a Jesús que vive por los siglos de los siglos!»⁵.

Concluyamos diciendo: ¡Oh Cordero de Dios, que os habéis sacrificado por nuestra salvación!; ¡oh víctima de amor inmolada sobre la cruz entre inmensos dolores, ojalá que supiera amaros como Vos lo merecéis!; ¡quién pudiera morir por Vos, como Vos habéis muerto por mí! Ya que mis pecados han sido para Vos una fuente de dolores durante toda vuestra vida, haced que mientras viva me esfuerce en agradaros y complaceros a Vos solo, que sois mi amor y mi todo.

¡Oh María, Madre mía! Vos sois mi esperanza, alcanzadme la gracia de amar a Jesús.

ÍNDICE

I	Entrada de Jesús en Jerusalén	9
II	Conciliáculo de los judíos y traición de Judas	13
III	La última Cena de Jesús con sus discípulos	15
IV	Institución del Stmo. Sacramento	19
V	La Oración del Huerto y sudor de sangre	23
VI	Jesús preso y maniatado	27
VII	Jesús presentado a los pontífices y condenado a muerte	30
VIII	Jesús en presencia de Pilatos y de Herodes es pospuesto a Barrabás.	37
IX	De la flagelación de Jesucristo	41
X	Jesús coronado de espinas y tratado como un rey de burlas	45
XI	Pilato le muestra al pueblo, diciendo: “Ecce Homo”	49
XII	Jesús condenado por pilato	54
XIII	Jesús carga con la cruz hasta el calvario	56
XIV	Crucifixión de Jesucristo	62
XV	Últimas palabras de Jesús en la cruz	69
XVI	Muerte de Jesús	75